

CAPÍTULO XIX

Escasez de viveres en el campo español y penurias de los soldados.—El cacique de Cempoala invita á Cortés á que pase á su provincia.—Cortés adquiere noticias del estado interior del país.—Indicaciones que los partidarios de Velazquez hacen á Cortés pidiendo la vuelta á Cuba.—Disposicion de Cortés para volver á la Habana.—Répresentacion de los amigos de Cortés para que permanezca en el país descubierto.—Accede á la peticion.—Plan de una colonia.—Se nombra un Ayuntamiento.—Cortés le hace entrega del mando que hasta entonces habia tenido.—El Ayuntamiento nombra á Cortés capitan general.—Manejos secretos de los velazquistas.—Cortés manda prender á los principales de ellos.—Reconciliacion de ambos partidos.—Marcha Cortés con su ejército á Cempoala.—Espléndida recepcion que se le hace por sus habitantes.

Hacia tres dias que los españoles se encontraban sin comunicacion ninguna con los nativos del país. La falta de pan y de alimentos frescos aumentaba el disgusto de los descontentos que aspiraban á volver á Cuba donde tenian sus repartimientos. No hay nada que ponga mas en riesgo la disciplina del soldado que la ociosidad de los

campamentos. No teniendo una ocupacion fija en empresa determinada que absorba su pensamiento, su imaginacion se dedica demasiado á examinar la posicion individual, comparando sus trabajos presentes con sus dulzuras pasadas; sus peligros, con la vida tranquila del hogar, y su constante alarma, con la paz de los amigos y de la familia. Entonces el espíritu se subleva contra lo que le rodea, y fácilmente la subordinacion rompe la pauta en que se halló sujeta. Los españoles se encontraban en un caso análogo en aquellos instantes bien amargos sin duda. A las penurias de una escasez extremada de víveres, se asociaban las incomodidades producidas por un enjambre de mosquitos que no les permitian ni un instante de reposo; el sofocante calor de un clima abrasador; la aspiracion de una atmósfera corrompida con los efluvios deletéreos de los pantanos, y la falta de agua cristalina y buena para saciar la sed devoradora que siempre acosa al hombre en los países cálidos. No tenian, por otra parte, aquellos soldados el carácter de tropas regulares habituadas á la obediencia y á respetar al jefe á quien la severa ordenanza les manda obedecer. Eran voluntarios, sin compromiso para servir por determinado tiempo; soldados de fortuna, que habian entrado en una empresa aventurada, en la cual todos tenian intereses relativos; su caudillo no era un general á quien estuviesen acostumbrados á mirar con el respeto de un elevado personaje, sino un hombre que, como ellos, habia vivido en sus repartimientos, y á quien Velazquez, por favorecerle, habia nombrado jefe de la expedicion.

Las murmuraciones de los descontentos crecian á me-

didada que transcurrian los dias en la penosa situacion á que se hallaba reducido el campamento desde el alejamiento de los naturales. La escasez de víveres y el número de enfermos aumentaban de continuo, y los corrillos de los partidarios de Velazquez que anhelaban volver á Cuba, censuraban que Cortés no mandase reembarcar inmediatamente su tropa. El disgusto tomó proporciones alarmantes cuando supieron que se trataba de trasladar el campo al sitio recomendado por Montejo. Tratando de disuadirle de su intento, se presentaron al general y le hicieron presente que era temeridad el emprender un nuevo viaje cuando se carecia de bastimentos; que la prudencia dictaba volver á Cuba para dar cuenta á Velazquez de la importancia del país descubierto, sin exponerse á perecer en un clima mortífero que diezaba la gente, y combatidos á la vez por numerosos ejércitos que sin duda enviaria Moctezuma. Cortés les escuchó con su afabilidad característica, y empleó las razones que juzgó mas propias para convencerles de que nada habia que temer: «No sería digno de caballeros españoles—les dijo—volver la espalda ante un peligro imaginario: hasta el presente Dios nos ha favorecido de una manera palpable; y si hemos tenido la desgracia de que algunos compañeros hayan sucumbido, sabido es que esas desgracias son propias de la guerra en todas partes. Por lo demás, yo no veo hasta ahora mas que un campo abierto á la gloria y á la riqueza: abandonarlas cuando las podemos alcanzar con algun esfuerzo, sería cobardía: marchar á su logro, cuando en la empresa acometida están interesados el servicio de Dios y del rey, es propio de varones esforzados».

Las palabras de Cortés produjeron el efecto por él deseado. Los descontentos se tranquilizaron por entonces, y los preparativos para cambiar de campamento se empezaron desde aquel momento.

Un acontecimiento inesperado vino casi al mismo tiempo á dar mayor fuerza á la esperanza del esforzado general español.

Embajada del cacique de Cempoala á Cortés. Dos soldados que se hallaban de avanzada en uno de los montes de arena que circundaban el campamento, vieron acercarse cinco indios hacia el sitio en que se encontraban ocultos. Uno de aquellos soldados era Bernal Diaz del Castillo. Los indios avanzaban confiadamente por la playa: al verlos cerca, Bernal Diaz y su compañero se presentaron. Los indios, lejos de alarmarse, les saludaron afectuosamente, dejando leer en su semblante la alegría y el placer. Después de las reverencias acostumbradas, manifestaron, por señas, que deseaban hablar con el general. Bernal Diaz tomó á su cargo conducirlos, y dejando á su compañero en el puesto avanzado, se presentó con ellos en la tienda de Hernan Cortés. Eran en el traje y en la fisonomía muy distintos de los mejicanos. Llevaban horadadas las orejas y el labio inferior, de donde les colgaban grandes anillos de oro y piedras, en que constituían su lujo.

El idioma en que expresaron sus primeros conceptos era completamente desconocido para Marina; pero dirigiéndoles ésta la palabra en mejicano, se encontró con que dos de ellos sabían hablarla. Manifestaron que pertenecían á la nacion totoneca, poco hacia subyugada por los mejicanos; que el señor de *Cempoalla*, capital del reino, les en-

viaba con el objeto de invitarles, en su nombre, á que pasasen á su corte, que distaba ocho leguas de aquel sitio, donde serian atentamente tratados; que no habia enviado antes á ofrecerles sus servicios por temor de los mejicanos, á quienes odiaba y cuyo férreo yugo sufría, aunque con la esperanza de romperlo: que tenia noticias del triunfo que habian alcanzado en Tabasco, y deseaba ser amigo de unos hombres cuyo esfuerzo superaba á lo concebible.

Las noticias de los enviados totonecas fueron escuchadas por Cortés con ansia y placer indescriptibles. Ante su clara inteligencia se describió un misterio que hacia vulnerable el poder de Moctezuma. Una luz clara que cruzó por su imaginacion le hizo vislumbrar un trono esplendente, pero cuyo asombroso poder seria fácil derumbar si se acertaba á remover con destreza algunas de las robustas piedras que formaban su base.

El señor de *Cempoalla* era uno de los que no pudiendo resistir las aguerridas huestes de Moctezuma, tuvo que declararse feudatario de la corona de Méjico, poco antes de la llegada de los españoles. Los enormes tributos impuestos y la manera despótica empleada por los recaudadores del emperador para cobrarlos, tenia exacerbados los ánimos de los totonecas, que estaban impacientes por romper el yugo mejicano. La noticia del triunfo de los españoles contra los ejércitos tabasqueños y la de haber llegado á Ulua, les hizo concebir la esperanza de que alcanzando su favor, podrian, por su medio, sacudir el tiránico poder de sus opresores.

Cortés, que hasta entonces habia ignorado la situacion interior que guardaba el país y la base en que descansaba

el poder del imperio mejicano, asentado sobre los frágiles cimientos de las conquistas, vió en la alianza con que le brindaba el señor de *Cempoalla*, el principio de otras muchas que le ofrecerian todas las tribus que se encontraban en caso idéntico. Vió que el poderoso reino de Moctezuma que él había creído unido y fuerte, encerraba elementos de disolucion en las mismas provincias tributarias que constituian su grandeza, y su penetrante ingenio descubrió en el general descontento que los totonecas le hicieron saber que reinaba en todas las naciones conquistadas, la poderosa palanca con la cual podria derrumbar el trono azteca.

Contento de las importantes noticias recibidas, trató á los enviados totonecas con las mas altas consideraciones; les suplicó que hiciesen presente á su señor lo mucho que agradecia sus nobles ofrecimientos, y que le asegurasen que muy pronto tendria el gusto de irle á ver á su capital con objeto de serle útil en lo que necesitare.

Murmuraciones de los partidarios de Velazquez contra Cortés. No queriendo retardar la importante visita, de la cual no dudaba que se alcanzarian resultados ventajosos para la empresa que habia acometido, publicó su partida. La disposicion no fué bien acogida por los parciales del gobernador de Cuba, que volvieron á manifestarse deseosos de abandonar lo dudoso por ir á disfrutar de los bienes que poseian en la isla. Presentaban como insuperables las dificultades de una campaña en un extenso y poderoso país, lleno de numerosos y aguerridos ejércitos, cuando no se contaba mas que con algunos centenares de soldados, agobiados por las fatigas, las necesidades y el mortífero clima; ponderaban la escasez de víveres, y exponian los mismos poderosos in-

convenientes que pocos dias antes habian manifestado.

En contraposicion á los que anhelaban el regreso á Cuba, trabajaban otros por que se continuase llevando adelante el pensamiento que les habia hecho salir de la isla. Alonso Hernandez Portocarrero, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Alonso de Avila, Cristóbal de Olid, Juan Escalante y Francisco de Lugo, amigos leales de Cortés en quien veian los extraordinarios dotes de un gran político y de un valiente guerrero, procuraban disuadir á los soldados á que se hiciese una manifestacion al general, pidiéndole que no abandonase una empresa en que habian empleado su hacienda la mayor parte. «Volver á Cuba—decian—seria perder los bienes que pusimos en la expedicion y renunciar á la fortuna que en estos momentos se presenta mas propicia que nunca. Nuestra vuelta daria por resultado que se nos despojase del poco oro que hemos adquirido á fuerza de privaciones y en justo comercio, para que fuese á aumentar el que en sus arcas guarda el gobernador Velazquez. Con Hernan Cortés por capitán, que reúne dotes admirables, podríamos llegar muy en breve á conseguir gloria y riquezas. Bajo el mando de otro jefe que señale Velazquez entre sus favoritos, solo hallaremos trabajos y vergüenza. Se dice que no tiene autorizacion de Velazquez para formar una colonia; pero nosotros podemos dársela para que pueble la tierra en nombre del rey, á quien elevaremos nuestra súplica, á fin de que reconozca como conveniente el paso que damos, y cuyos intereses están muy por encima de todos los demás intereses. La religion, la patria y el rey, exigen imperiosamente que no se renuncie á la empresa comenzada, y no debemos per-

mitir que se defrauden las esperanzas de los buenos, por los quiméricos temores de los irresolutos y mal aconsejados, que posponen el bien de cosas tan sagradas, á la ciega obediencia á un gobernador.»

Estas eran las palabras de que se valian para atraer á su partido á los soldados, y casi las mismas que dirigieron á Bernal Diaz del Castillo, para que trabajase en igual sentido con sus compañeros.

Aunque las anteriores conferencias las celebraban los partidarios de la expedicion, en secreto y de noche, no por eso se ocultaron sus trabajos á los partidarios por la vuelta á Cuba. Indignados del proyecto de que se desconociese la autoridad de Velazquez, formando una colonia contra sus instrucciones, se propusieron pedir á Hernan Cortés que reprimiese la osadía de los que trataban de desconocer la autoridad del gobernador, y hacerle ver lo conveniente que seria regresar á la isla. Eligieron para que desempeñase la comision, á Diego de Ordaz, amigo de Velazquez, quien desde la Habana se manifestó, como queda referido, ambicionando ocupar el puesto de jefe de la expedicion, cuando se ignoraba lo que le habia acontecido al barco en que iba Hernan Cortés.

Los partidarios de Velazquez piden que se vuelva á Cuba. Diego de Ordaz se presentó al general en nombre de los que anhelaban que se respetasen los fueros de la legítima autoridad que le habia investido con el mando que ejercia, y le habló con acento algo destemplado y altanero. Le dijo «que habia causado disgusto general entre los leales vasallos de S. M. la noticia de que se trataba de llevar adelante la temeraria empresa, para la cual no habia los

elementos necesarios; que el freno de la subordinacion estaba en peligro de romperse si se insistia en continuar la expedicion, pues ni el corto número de la gente, ni el estado de los bajeles, ni la falta casi completa de víveres en que se encontraban, aconsejaban penetrar en un país vasto y poderoso; que no expusiese la vida de todos sus compañeros á un capricho irrealizable; y que puesto que se habia hecho mas de lo que cualquiera otro hubiera realizado, lo conveniente era volver á Cuba con los ricos regalos del emperador, donde, en vista de la importancia del país descubierto, Velazquez podria aumentar la fuerza armada que se juzgase suficiente.»

Dispone Cortés Escuchó Cortés el razonamiento de Ordaz ^{la} vuelta á Cuba. sin alterarse; sin dar la menor señal de disgusto por el estilo destemplado con que habia sido pronunciado. Dotado de una fuerza de voluntad poderosa para sobreponerse á sus pasiones, reprimió el disgusto en su corazon, para que no denunciase el semblante afecto ninguno de disgusto. Antes, por el contrario, dejando ver en su fisonomía la tranquilidad y la calma, respondió con agradable acento: «que estaba muy lejos de su ánimo el traslimitarse de las instrucciones que tenia de Velazquez; que con gusto seguiria permaneciendo aun en el país, continuando con los nativos el comercio de oro con ellos establecido; pero toda vez que la opinion del ejército se declaraba por la vuelta á Cuba, estaba dispuesto á obsequiar la voluntad manifestada». Pocas horas despues se comunicó á los soldados la orden de que estuviesen listos para embarcarse al siguiente dia en los bajeles surtos en Ulua, y hacerse á la vela hácia la Habana.